

Signos

igualmente importantes la traducción de seis cantos del *Paraíso* de Dante o sus versiones de las dos escenas finales del *Fausto* de Goethe seguidas por los ensayos que dedica a la "Transluciferação Mefistofáustica". Sin dejar de aproximarse a los tiempos más recientes, cuya literatura vivió con la misma intensidad que esas experiencias poéticas de los orígenes y de la distancia, tradujo a Mallarmé, algunos poemas de Maiakovski, a Octavio Paz. No sorprende, entre la heterogeneidad de sus ricas opciones, la inclusión de veintidós poemas de la lírica china clásica (antologizados en un volumen titulado *Escrito sobre jade*, de 1996) o la pieza teatral *Hagoromo* del fundador de teatro nō japonés, Zeami Motokiyo. Haroldo conocía alemán, chino, español, griego, hebreo, inglés, italiano, japonés, latín, provenzal, ruso; sus conocimientos ordenaban una babel poética que representaba su incesante búsqueda del verbo primordial, del origen del sentido de las palabras y las cosas.

El volumen presenta una excepcional variedad de críticos, estudiosos de la obra de Haroldo de Campos, provenientes de Brasil, México, Uruguay, Alemania, Portugal, Italia.

Esta iniciativa peruana, desde la costa de otro océano, los vuelve a reunir superando las distancias, yendo al encuentro de la figura de Haroldo donde convergen las diversidades en una búsqueda poética mayor.

Biagio D'Angelo



Clarice Lispector, *Cuentos reunidos*, Madrid, Alfaguara, 2002, ISBN: 84-204-5134-7

Es notoria la fama que ha pasado los confines brasileiros de la gran narradora que tanto atrajo lectores, críticos, poetas, estudiosos (entre ellos, la polémica Hélène Cixous), hasta convertirse en un objeto de culto. Pero, ¿qué atrae, fascina, desestabiliza de la escritura de Lispector? Los cuentos aquí reunidos de Clarice Lispector representan, sin duda, una joya de la cuentística breve del siglo XX. Basta leer y releer pequeños relatos, como "Amor", "Feliz cumpleaños", "Felicidad clandestina", "Lazos de familia", "Misterio en São Cristóvão" para entrar en una atmósfera mágica entre el percatarse al interior de la visibilidad e invisibilidad de lo real y la posible interpretación, peligrosa, arriesgada, que impresiona la mente y la deja sorprendida por el estupor de lo ajeno. Antonio Tabucchi, profundo conocedor de mucha literatura lusófona, escribe que en los cuentos de

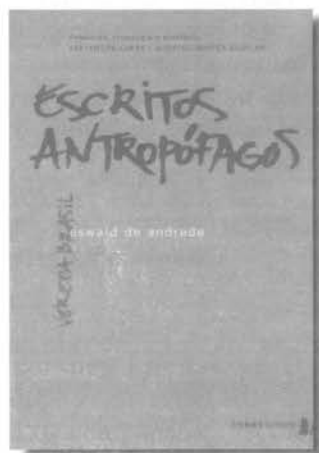


Signos

Clarice Lispector, los personajes son “próximos a las epifanías de Joyce, parientes del mundo de Kafka, proyectados en su *voyage out* como ciertas figuras de Woolf” y son “seres angélicos que han cumplido un ínfimo milagro del cual cuentan el banal y subversivo secreto”.

En la cuentística de Clarice, así como en toda su producción narrativa, la percepción física de lo real siempre se matiza con percepción poética porque se reconoce como recreación o reconstitución del mundo en cada momento; por eso, en Clarice, se revela necesaria una subjetividad, un “sujeto-sensor” que simpatiza con la realidad y la siente como suya. Clarice lleva a las extremas consecuencias las teorías de la filosofía de la visión de Merleau-Ponty, el cual afirmaba que “ver” es siempre “más” que ver lo perceptible, lo visible; de una cierta manera, hay un “invisible” de lo visible. Las epifanías de Clarice (el ciego que “fotografía” Ana, la mujer que “ve” por primera vez en su vida, antes de recaer en la normalidad burguesa y antipática de la existencia, en “Amor”; o las rosas, signo de afección que Laura regala a Carlota, y con este gesto, descubre su egocéntrico mundo interior, su orgullo y, al mismo tiempo, la belleza del sacrificio del donarse, en el estupendo cuento “La imitación de la rosa”) no se pueden nunca reducir a lo que el sujeto ha visto. La no-visibility que está intrínseca en la visibilidad, para decirlo siempre con palabras del pensador francés, es aquella parte de la realidad que Clarice Lispector deja entrever al lector: aquí reside su encanto. La realidad sólita, consueta, aparentemente banal porque es cotidiana, se transforma. En su narrativa breve, lo cotidiano se vuelve maravillosamente heroico y provocativo (en el sentido de pro-vocación, llamar a algún sentido superior, metafísico). Así que, Clarice, y con ella, sus personajes, mujeres o niñas, y sus lectores, perciben la ontología de la cosa, no tanto en su mera apariencia, sino en aquel “invisible” que constituye su “parte total” y, por ende, su “misterio”. Clarice nos informa de un gran descubrimiento: presencia y ausencia no se contradicen, sino que hacen parte del espacio del vivir.

Biagio D'Angelo



Oswald de Andrade, *Escritos antropófagos*, Buenos Aires, Ed. Corregidor, 2001. Selección, cronología y colofón de Alejandra Laera y Gonzalo Aguilar. ISBN: 950-05-1367-6.

Con un cierto retraso llega también a nuestras latitudes un librito-panfleto que recoge algunos escritos que sacudieron las buenas conciencias nacionales brasileras de los años

